

LADISLAO GRYCH

LLEGARÁ EL TIEMPO DEL SEÑOR <sup>(31)</sup>

Hace un año que empecé a escribir sobre Elías, luego del ensayo de Moisés; como si los dos debiesen estar juntos; pero, como me faltaban las palabras y el vuelo para poder seguir escribiendo, lo postergaba. Este texto va encerrando mis vivencias, quizás, más que en otros escritos míos; no logro definir para quién lo escribo, pero presiento que tiene mucha importancia.



## PREFACIO

Aparece Elías en medio del pueblo.  
El Señor lo envía desde los cielos.  
¿Por qué viene en esta hora?

El pueblo está muy perdido.  
Entonces, el Señor le envía a su profeta.  
No sé si lo va a escuchar como lo debería hacer; no sé si será  
suficiente la respuesta, pero la voz queda sellada en la tierra,  
en ese vuelo del Señor, en la vida del pueblo.

¿Quién escuchará al Señor?  
¿Y qué pasará con el pueblo?

Sarandí del Yi, 18 de dic. de 1994



# 1. ELÍAS

## a. TU PALABRA TAN DURA

Salió del pueblo, de Tisbé hacia el oriente, y se quedó al lado de Kerit, al este del río Jordán.

Moisés no había cruzado el río; aquí está Elías, en el camino que viene del Señor, en medio de su pueblo.

¡Tu tierra bendita es bendecida desde siempre!

¡Tu tierra atrae la gracia!

Señor, sacaste el agua de la roca, en el tiempo de Moisés; hoy, anuncias los años sin lluvia.

Sembraste tu Palabra en el corazón de Elías, pues la dice con tu fuerza, y el pueblo la debe escuchar y aún sentir.

No es sólo que el pueblo escucha tu Palabra; pero tampoco la olvida; está como suspendida en el aire.

Le va a acompañar un viento seco; se la va a llevar en medio de las tierras sin vida; y cuando sea necesario, el pueblo se dará cuenta de las palabras.

Entonces, ¿cómo viene el Señor?; ¿y por dónde entra, si el hombre no quiere escucharlo?

A esa palabra tan exigente, tu pueblo la debe escuchar; ojalá, la comprenda para cruzar esa tierra desértica.

¿Y qué va a quedar de la vida, si tu agua no cae del cielo?

¿Aún, por cuánto tiempo?; hasta que sea necesario; es que el pueblo debe volver a ti, Señor.

¿Volverá como debe volver, o se enneguecerá más aún, en su modo de vida, tan lejos del Señor?

Hace tiempo que no hay lluvia.

Un viento seco borra la humedad de las rocas.

No se calma ni por un instante, sino que sopla llorando con

la tierra, con su piel quebrada y las heridas abiertas.  
El hombre camina triste, busca alguna sombra, pero ¿dónde la encuentra?; tan sólo recuerda el pasado.  
Ahora sabe que existe otro tiempo; aún se detiene, mientras la tristeza envuelve su rostro quemado por el sol.

Desaparecen las nubes; el cielo se queda sin las compañeras;  
¿por dónde el viento las lleva?  
El cielo se queda triste, confundido con la tierra.  
El viento escaso levanta el polvo en sus tristes jugadas.  
La polvareda va penetrando una vida muy escasa; ¡qué triste es la vida!; y la tristeza entra y enferma por todos lados.  
El hombre no sabe levantar su rostro hacia el cielo; está en el polvo, y no quiere levantarse.

Su rostro va decayéndose con esa vida perdida.  
Los animales ya no caminan, tan sólo salen los de la tierra; hasta allí, llega la tristeza e inquietud por sobrevivir.  
El hombre se identifica con lo que sigue muriendo; es porque hay tanta muerte lenta, día tras día, momento tras momento; en el camino de las muertes, aún sigue muy triste e inquieto.

Aparecen los pájaros en el desierto; sus voces son distintas; no son los cantos, sino los gritos que anuncian muertes.  
Si hallan alguna vida que está por morir, se acercan; es que hay tanta muerte por todos lados.  
Si la muerte genera nuevas muertes, entonces, ¿cómo vivir en ese mundo?; sin embargo, hay que seguir viviendo.

La muerte sale de su refugio, no necesita esconderse.  
Todos la ven caminar y ella, orgullosa, saluda con su sonrisa fría; hay que respetarla, porque ella es dueña.  
En tan poco tiempo pasaron tantas cosas; hay tantos cambios, porque todo se dio vuelta, en medio de las amenazas.  
El hombre de veras, se ve amenazado; su vida está en peligro

y ahora, lo ve y lo presente.  
¿No es que se asusta por su propia existencia?

Hace tiempo que Elías anunció las sequías.  
El pueblo lo había oído como una palabra, entre tantas otras,  
mientras otros decían otras cosas.  
Elías se fue al desierto, pero quedó la palabra.  
La tierra moría, el hombre en ella, y la Palabra iba creciendo;  
es como si necesitase del desierto; pues de otra manera, no  
podría llegar ni ser escuchada.

Elías se dirigió al oriente, donde encontró agua.  
En el tiempo de sequía, el Señor protegió su vida; no hubo  
otros que lo protegiesen, sino Él.  
Mientras tanto, el pueblo sufría la desesperación y nadie le  
ofrecía lo que necesitaba para vivir.

Los que se olvidaron del Señor, y se fueron a otros dioses, ya  
no esperaban del Señor; ni la lluvia que sostuviese sus vidas,  
ni los torrentes en los tiempos de sequías.  
¿Qué pueden vivir hoy, en su mente, en su corazón?  
¿Qué pueden esperar?; si claman a sus dioses, se confunden.  
Sus dioses ya no traen lluvia ni se interesan por sus vidas, sin  
embargo, ellos siguen clamando.  
Mientras tanto, Elías está con su Señor, a orillas del torrente.

El Señor sabe lo que hace; las cosas tienen su tiempo.  
El pueblo vive sus penurias; de ese modo, aún puede ver su  
realidad; sería el camino para que el pueblo recapacite.  
No creo que sea pronto; aún tiene profetas de otros dioses  
que siguen hablando, y van a hallar modos para confundir  
aún más.

Elías espera el tiempo del Señor.  
Entonces, el pueblo comprenderá su Palabra.

Elías, desde lejos mira, ve la desesperación; ve la obra del Señor en medio de un mundo confundido.

No es el tiempo para hablar; tan sólo hay que esperar a que pasen las cosas.

Los cuervos, otros testigos de la muerte, le acompañan.

Mientras ve la muerte por todas partes, él espera.

La palabra del Señor lleva a la vida, a pesar de que pase por las muertes, para que la vida vuelva con todo su esplendor.

Resguarda la palabra en su corazón; presiente la fuerza en su expresión, y se sorprende; como la palabra se cumple, con su reflexión, aún acompaña a lo que había dicho hace tiempo.

El pensamiento se nutre de la palabra del Señor, aún proyecta las cosas que no fueron dichas, pero ya están en la palabra; es que Elías contempla la palabra del Señor.

#### b. SAREPTA

Se prolonga la sequía, se agotan los torrentes.

La tierra es un desierto; por donde mirar, no hay agua; la vida se va apagando.

¿Adónde irá el profeta, si no hay agua en el torrente?

Ahora, le toca a él; antes, veía la desesperación del pueblo; pero ya no puede estar lejos del pueblo, ni de su dolor.

Elías ya no está tan seguro.

Mientras no hay agua, la vida se aflige más aún.

La desesperación no es un buen consejero; pero, ¿quién sabe recurrir al Señor lo más pronto posible, aún antes de que la desesperación retome su alto vuelo?

¡Y cuántos siguen dando vueltas, sin saber qué hacer!

La sabiduría de la vida es recurrir al Señor.

No hay que esperar que la angustia tome la vida.

Quien busca al Señor cuanto antes, ha aprendido a vivir.  
En fin, la vida sigue enseñando; y luego de las luchas, uno aprende a vivir.

La oración nos abre lentamente, el camino para el Señor.  
Aún hay que esperar, cuando Él, casi no responde.  
El corazón resurge en el desierto; en medio de la miseria del mundo, se desespera por el pan y por el agua.  
Pero la vida no es sólo eso; y si el Señor se hace esperar, Él sabe la necesidad y conoce nuestros tiempos.  
Las vivencias deben recuperar la seguridad en el Señor, pues Él es nuestro sostén para siempre.

En algún momento, el Señor habla e indica el camino.  
No sé si el hombre lo comprende, pero la Palabra es clara.  
¿Sabrá Elías por qué irá a Sarepta?; quizás ve su salvación ofrecida por el Señor; pero Él tendrá algo más, y no sólo para Elías.

El Señor abre los senderos para los que confían en Él.  
Antes de que lleguen a un buen fin, saldrán a los encuentros aquellos que velarán por sus vidas.  
Elías encuentra a la viuda en la puerta de Sidón.  
El Señor salvará a las vidas, a Elías y a ella.  
Y ella reconocerá al enviado del Señor.

Cuando se agota la esperanza, y no hay modos para salvarse de la muerte, Elías anuncia la bendición del Señor.  
Es que la tinaja y el cántaro no se quedarán vacíos; el Señor lo hará que no falten ni aceite ni harina.  
La viuda lo escucha, y el Señor lo dice para que ella vea; tan sólo Él salva.

Quien confía en el Señor, no se quedará defraudado.  
La confianza no es tan sólo asegurarnos, por si faltan cosas,

sino que es confiar en el Señor; Él es la máxima seguridad.

El hombre prefiere guardar alguna cosa que podría darle un poco de seguridad; y si le faltan los medios, se desespera, se pierde; pero debe llegar al último puñado de harina y un poco de aceite, para que aún en medio de la desesperación, broten su fe y la esperanza fundadas en el Señor.

La fe se alimenta cada día, pues cada nuevo día hay que pedir al Señor.

La tinaja no está llena, tampoco el cántaro que lleva el aceite, pero no se agotan, porque el Señor lo dice.

Si Él no retira su Palabra, hay que nutrir la confianza en Él, y que no nos falte jamás.

El Señor no se olvida de los que lo buscan, en todo el tiempo cuida sus pasos; no abandona a la viuda ni al huérfano, y tiene en cuenta su necesidad; si les deja sufrir sed y hambre, siempre hallan su protección; aquellos que buscan al Señor, escuchan su voz y reciben la salvación.

Sarepta es el lugar para Elías, por un tiempo; y el Señor lo protege antes de cumplir con la misión.

Es para esperar la gracia del Señor; pero, ¿quién lo ve en aquella hora?

Mientras tanto, salva la vida de la viuda y la de su hijo.

Las cosas del Señor son así: hay que saber dar un paso y con esto, estar feliz; si es vivir hoy, es ver que el tiempo tiene su propio sentido, por lo que debe llegar; creo que Elías lo sabe.

El Señor obra a través de los hombres, les ofrece lo necesario para crecer en medio de su Obra.

Son pocos que comprenden lo que el Señor quiere; quizás, aún no están abiertos para poder recibir la gracia, y necesitan esperarla.

Antes, Elías anunció la sequía, tan sólo pronunció la Palabra; entonces, ¡cuánto poder en medio de su vida!  
Hoy, por la palabra ya no falta pan ni aceite.  
Había que verlo con asombro; ¿y qué más tiene el Señor?;  
¿qué otras cosas habría que esperar?

El Señor aún nos pone ante la realidad que sobrepasa nuestro modo de pensar, de esperar; nos pone ante los hechos, donde nos dominan la impotencia y la resignación.  
Y debemos enfrentar la realidad; es que una vez recibimos la gracia, porque el Señor viene, y otras veces nos confundimos más aún, en medio de lo humano; no obstante, Él nos inspira para buscar la gracia que parece imposible.

Hay que entender la enfermedad del hijo, y la desesperación de la madre, porque todo sirve para que el Señor obre.  
Elías, ¿esperaba este acontecimiento?; ¿quién lo sabe?  
Podría presentir que el Señor lo tenía proyectado; aún, podría sospechar su proyecto que pasaba por la muerte; pues si él estaba en ese asunto, por alguna razón, estaba de parte del Señor.

Hoy, el Señor le inspira para orar por la vida.  
Quizás ayer, no hubiese soñado pedir una gracia semejante; pero es la hora, se cumple la gracia.  
Cuando el Señor pone a Elías ante la realidad, él ya puede esperar casi todo, porque su espíritu está unido al Señor, y no hay nada suyo, sino que el Señor obra por medio de él, para generar vida en medio de las muertes.

El hijo volvió a vivir, aún asombra una vez más.  
Nadie duda del Señor ni de su obra; y Elías obra, porque el Señor es todo en su vida.  
Él lo sabe, y los demás lo ven; es el tiempo para ver; es que las cosas están lejos del mundo, y ocurren en la casa de una

viuda, donde vive un enviado tan sólo por un tiempo; lo que ellos viven, es grande para la casa, y aún más grande para el enviado.

## 2. LA OFRENDA Y LA LLUVIA

### a. EL ENFRENTAMIENTO

Me esperan el enfrentamiento.

A esta hora, vengo para enfrentarme con el rey, el pueblo y los profetas que no son verdaderos; aún sé que el Señor está de mi lado, y Él me lleva de la mano, como siempre.

¿Por qué el rey me insulta?; ¿soy la peste de Israel?

¿Acaso, reconoce que el Señor había enviado las sequías, con la palabra que les dije y es del Señor?

¿O tan sólo ve mi maldad, mi perversidad?

¿Qué culpa tengo, si hago lo que el Señor me dice?

¿Quién es la peste, entonces?; ¿el que habla en el Nombre del Señor, o aquellos que se fueron a otros dioses?

Soy la peste, porque prediqué la sequía, y no lo son aquellos que se fueron de mi Señor.

Estoy aquí, enfrentándome contra un pueblo que no está con mi Señor; pero les duele la sequía.

No sé si saben quién lo hizo que no lloviese; pero saben que lo anuncié; hoy estoy aquí.

Vendrán todos; ¿será para enfrentarme, y que les respondiese por la palabra que les dije en aquel entonces?

Algo tendrán pensado; y tuvieron tiempo para buscar cómo enfrentarme, cuando estuve lejos.

Estoy aquí, porque el Señor me hace llegar; ¿qué van a hacer conmigo?; ¿o tendrían miedo de que les pasen cosas peores aún?; no sé si creen en mi Señor, y que todo viene de Él.

¿Tendrán miedo del Señor?

Todos aparecen; en fin, mi Señor lo quiere, y todos vienen con sus expectativas.

Como siempre, estoy solo, pero mi Señor no me abandona; estoy por Él; aún no tengo claro lo que debo enfrentar, pero estoy de parte del Señor; si defiendo su causa, es porque Él me inspira, ante su pueblo que se fue tan lejos.

¿El pueblo lo sabe, o necesita otros signos para ver?

¿Por qué se fueron a Baal, y abandonaron a mi Señor?

Vinieron los falsos profetas que los llevan por ese camino.

Los tiempos tienen a sus profetas; aún vienen los falsos, por un tiempo, y el pueblo les responde; como los profetas del Señor gritan en los desiertos, el pueblo está con otras voces; algunos profetas del Señor, vienen por un tiempo, luego se retiran, y vuelven para enfrentarse, al defender al Señor, ante el pueblo.

Sin embargo, el pueblo les presta la atención; ¿es porque no hay lluvia desde hace tiempo?; ¿o es que el Señor los prepara en el desierto, para manifestar su nueva fuerza?

¡Cuánta importancia tendría ese tiempo desde el anuncio de la sequía!; ¡cuántos cambios viven el profeta y el pueblo!; y ahora, otra vez, el pueblo se encuentra con su profeta, luego del anuncio de la sequía; ya todos lo saben.

Quieres, Señor, que tu pueblo suba a la Montaña.

Ahora, mientras todos sufren, tu pueblo te responde; no sé si sabe por qué, pero es cierto que quiere responderte.

Como pasan las cosas, se comprenden las respuestas; vienen casi solas, y el pueblo comprende que debe reunirse.

Tú, Señor, estás en tu palabra que convoca a todos; presiento la fuerza que les llama, por eso vienen.

¿Acaso quieren ver un espectáculo?

El pueblo tiene su instinto; se reúne cuando es necesario; y nunca tarde ni temprano; hoy es su tiempo.

¿Verán el espectáculo?; si es necesario, lo verán; siempre por

el bien del pueblo.

El pueblo ha sufrido mucho, aún más que sus profetas; por eso, está dispuesto para ver los acontecimientos.

## b. FRENTE AL PUEBLO

El pueblo se reúne en la Montaña, vienen los sacerdotes, y están todos, porque presienten este tiempo.

Y yo vengo de parte del Señor; Él me llama para esta hora; aún, mi vida estuvo preparándose para el tiempo sagrado.

Presiento en mi corazón, la obra del Señor; es para el pueblo convocado.

En fin, es la hora del juicio para el pueblo que no respondió al Señor; todos recibirán lo merecido.

Él tendrá su modo para hacerlo con rectitud.

¿Cómo lo hará, y cómo juzgará a los profetas que llevaron al pueblo por el mal camino?

Pero, ¿el pueblo volverá al Señor?

¿Por qué el pueblo se fue tan lejos, y abandonó al Señor?

Hoy viene arrastrando el sufrimiento, la culpa, la vergüenza.

El pueblo sufrió desgracias; no ha cesado la sequía.

¿Quiénes son los que lo llevaron por este camino?

No obstante, aquellos que lo guiaban, aún siguen esperando;

¿son ciegos o perversos?

¿Dónde está la verdad?

¿Fueron tan ciegos los profetas de Baal?

¿Es tan difícil ver de veras, discernir lo que hace el Señor?

Cuando el hombre emprende su mal camino y luego lo sigue, en algún momento, no sabe si es verdadero o falso; pero llega hasta el fin, y se da cuenta.

Los profetas de Baal siguieron su falso camino, y llevaron al pueblo; ellos, ¿reconocerán su ceguera o seguirán así, hasta

el fin?; y si siguen, ¿qué pasará?

Es el día del juicio; el Señor logrará que todos lo reconozcan; y tendrá su modo para hacerlo.

El pueblo verá el espectáculo; será el modo para poder ver la verdad; de otro modo, sólo viviese su confusión.

El pueblo debe comprender este tiempo, que todo viene del Señor; y que estoy de parte de Él, Quien manifiesta su poder ante su pueblo.

Como la señal, están las ofrendas, los animales que el pueblo y los sacerdotes ofrecen a su Dios.

Aún, quieren abrir el camino hacia las alturas, para llegar con lo que ofrecen, y con lo que son ante el Señor.

Las ofrendas nacen en los corazones entregados, o son como un oficio que sólo se cumple; expresan una vida entregada al Señor, o son gestos que hay que hacer cada día.

El pueblo puede vivirlas como su propia vida, o cumplirlas como un deber, a veces, cuando está muy lejos.

Cuando el pueblo pierde el verdadero sentido de la ofrenda, a la vez, se confunde.

El pueblo pone las ofrendas sin saber a quién están dirigidas; por eso, el Señor interviene de un modo fuerte, para poder salvarlo; Él mismo se manifiesta frente al pueblo.

Entonces en medio de la oscuridad del mundo, surge el humo blanco del Fuego que viene del Señor; traspasa la oscuridad y abre nuevamente, el camino del mundo hacia el Señor; y es por donde debe transitar el pueblo a su verdadero Señor.

¿El pueblo comprende la obra del Señor?; no lo sé.

Creo que necesita esperar, hasta que la luz le llegue; pero es cierto que se queda impactado con el espectáculo.

Si es que no lo comprende, lo que ve, aún le queda para otros tiempos, cuando pueda comprender mejor; porque el Señor tiene su tiempo para manifestarse, para que vean su obra.

El pueblo va a ver el espectáculo; se quedará impresionado y reaccionará; no sé si será una reacción profunda, la que el Señor espera; a la vez, será por lo que Él quiere lograr en el pueblo.

La cuestión nos es sólo destruir, sino más bien, que el pueblo empiece a caminar hacia el Señor, y que la ofrenda le sirva para descubrir el verdadero camino hacia Él.

Las destrucciones son tristes, como si el Señor se vengase. Las obras de los hombres serán destruidas, se caerán como por su cuenta.

Si las destrucciones destrozan la poca vida, la Vida que viene del Señor, se fortalece más aún; y Él sabe lo que hace en medio de su pueblo; me lo hace ver, antes de que comience el espectáculo.

Los dos altares están enfrentados; y los dos en el nombre de sus dioses, mientras que el Señor es verdadero.

El pueblo lo debe ver, luego de caminar ciegamente por sus caminos perdidos.

Sí, lo verá; mi Señor le hará ver.

Los sacerdotes de Baal siguen clamando, aún parece que el pueblo les acompaña.

Se cansarán ellos, al comprobar que no hay respuestas.

Si les dijese ahora, no me creerían; entonces, hay que esperar hasta que llegue la hora.

El tiempo llega; el Señor les hará ver y verán ellos, quizás, muy desesperados.

Aún lo deben comprobar, pues no hay otro modo para que lo vean, sino sólo éste.

¿Cuánto tiempo más van a rezar reclamando?; ¿no saben que es como un tiempo perdido, que nada cambia?  
No obstante, es difícil volver, porque el camino recorrido es muy largo y por detrás, está el pueblo que les sigue.  
Ahora, hay que seguir reclamando, a pesar de que no haya ni una gota de esperanza.

Si el pueblo logra ver, se volverá contra ellos.  
El pueblo vivía confiando; entonces, ¿qué hará hoy?  
Cuanto más tiempo espera, la reacción es más fuerte; eso se percibe; parece que el pueblo empieza a despertarse.

Después de las sequías que duelen, pasa lo terrible.  
El pueblo se queda con la ofrenda entre sus manos; a nadie le interesa su ofrenda; y está muy asustado.  
Entonces, ¿adónde le llevarán el miedo y la desesperación?  
¿No será que el odio y la venganza lo dominen?  
Si lo dominan, ¿cómo actuará?  
Se acerca la hora para el pueblo.

En medio de la confusión y de la desesperación, del dolor y del odio, el Señor me hace ver cómo acepta la ofrenda desde un corazón entregado, que Él mismo iba preparando durante mucho tiempo; será su ofrenda, desde el corazón entregado al Señor; y el pueblo lo verá.

En medio de la oscuridad del pueblo, con sus sacerdotes y su rey, está por resurgir el Fuego; es del Señor.  
El Fuego que había nacido en un corazón entregado, está por consumir las ofrendas, pues están elevadas con las manos aún bendecidas por el Señor.  
Mis manos quieren dar lo que Él espera; y es por mi pueblo, a pesar de que estaba con otros dioses.

Es la ofrenda que, algún día, debe pasar por sus corazones; es apenas un Fuego en medio de la oscuridad, y como la misma es densa, el Fuego impacta y asusta al pueblo.

¿Aún, cuánto tiempo necesita el pueblo, hasta que su corazón nazca para la ofrenda, que hoy presente?

Porque la ofrenda de hoy, parece sólo un espectáculo; pero algún día, será como el fruto de sus vidas.

El pueblo reacciona con violencia, contra sus sacerdotes; y luego reconoce su error, y vuelve al Señor.

Pero, ¿es el regreso que Él espera o aún falta que el pueblo cambie de corazón?; pues esos impactos pueden despertar por un tiempo y luego, ¿qué pasa?

Sin embargo, al espectáculo no se lo olvida fácil; si el pueblo no responde, y no sigue al Señor, será para otro tiempo.

¿Qué nuevo tiempo tendría el pueblo?; ¿o aún es el mismo tiempo que pasa por muchos cambios?

El pueblo no se olvidará de la ofrenda ya aceptada por mi Señor; si aún no le sigue con sus corazones, esta ofrenda les queda como testigo, aún como reproche; y cuando más lejos estén, la recordarán más aún, y será por siempre; pues, esta ofrenda no perderá su sentido ni su fuerza por el pueblo.

Luego de la ofrenda va a llover; porque el Señor responde; y Él no tendrá otra palabra ni será necesaria.

Con esta lluvia aún se cierra el gran movimiento que viene del Señor: no hay lluvia, luego viene la ofrenda; y ahora, vuelve la lluvia y el pueblo puede volver a vivir.

La vida del pueblo se calma, por más que fuese tan sólo por algún tiempo; el Señor lo iba preparando para que pudiese expresar la ofrenda; el pueblo la vivió, a pesar de que estaba con otros dioses; hoy ha vuelto al Señor.

¿Qué pasará con la ofrenda, en su pueblo?

Presiento como si todo se quedase en medio del camino.  
El pueblo ha dado su respuesta; de todos modos, ¿seguirá al Señor?; y si no le sigue, verá las cosas aún más tristes.  
Entonces sí, recordará la ofrenda; aún le quedará, a pesar de que la vio sólo por esos instantes.

El pueblo va bajando de la Montaña.  
Veo el entusiasmo en el pueblo; sin embargo, es como si no se quedase conmovido por la ofrenda.  
Y el Señor obró con tan fuerza, con tanta luz.  
Me voy quedando; aún, me viene el presentimiento; ¿y qué pasará?  
Me asusto al pensar en el futuro; pero el Señor siempre ha estado conmigo.

### c. DESPUÉS DE LA LLUVIA

Vino la lluvia y el pueblo se calmó; recibió lo que esperaba y por un tiempo, hasta fue agradecido al Señor.  
Ahora, no le interesa de dónde viene la lluvia, se conforma con tener agua para vivir.  
El pueblo se calma; la vida va volviendo como antes.

Aún, es como si el pueblo se olvidase de lo que vivió en la Montaña; es que la lluvia, la tierra y el pan son como si lo distrajesen, parece que está en otra cosa.  
No sé si ahora, el pueblo me hubiese escuchado como aquel día, en la Montaña; no lo sé, me parece que no.

Comienzan a levantarse las voces por los sacerdotes que se quedaron enfrentados; no sé cómo ahora hubiese reaccionado el pueblo; porque la realidad no exige como antes, ya tienen el pan y el agua.  
¿Cómo es el pueblo?; cuando no tiene pan, está dispuesto a

sacrificar cosas, a buscar al Señor para que le escuche cuanto antes; ahora, no necesitan pedir.

Me dicen que la reina va a defender a los sacerdotes muertos; son de su parte; entonces, ¿qué puede pasar?  
Ahora sí, me asusto; pasé por el desierto, estuve tanto tiempo lejos del pueblo, tengo miedo por mi vida.

¿Qué ha quedado de lo que ha manifestado el Señor?  
Es la respuesta del pueblo, que alcanza por un tiempo; pero ahora, todo ha vuelto como antes, y pareciese peor.  
Porque el pueblo se ha quedado con lo suyo, con la lluvia; y resurgen el odio y la venganza.  
Debo irme de aquí, cuanto antes, como si fuese un fracasado.  
El Señor había comenzado de un modo tan grande; y todo se queda como si fuese sin terminar.

Entonces, debo retirarme, y volver al desierto.  
Será otra vez que lo haga; y es mi lugar, como si no hubiese debido salir de allí.  
Voy encaminándome al desierto tan conocido para mí; ya con menos fuerzas, como si fuese un fracasado.  
Apenas miro el camino; me voy tan sólo para irme.

El Señor me había llamado, y quise responderle.  
Me puso su palabra en mi corazón; la llevé ante el pueblo.  
Luego debí retirarme; no le agradaba al pueblo lo que les dije de parte del Señor.  
Viví por tanto tiempo, retirado, hasta que llegó la hora para enfrentarme con el pueblo, con los sacerdotes, pues sentí que para esa hora debía estar ante ellos.

Los años del desierto fueron una gran gracia.  
El Señor me hacía crecer día tras día; me iba preparando para el día del juicio; yo necesitaba del desierto, y de esta gracia.

Después, llegó la hora, y vino la gente.  
Mientras el Señor me preparaba en el desierto, a la vez, iba preparando al pueblo; se unieron los caminos del Señor.

Nos lleva a la Montaña; desde allí, el Señor quiere hablar a su pueblo, y que yo le diga su palabra.  
El pueblo comprende la hora del Señor, en esa Montaña.  
¡Qué grande es ver, cuando el pueblo entiende el tiempo del Señor sobre sus vidas!; y yo estoy entre el Señor y su pueblo.

A pesar de las confusiones que lo llevaron tan lejos, esta vez, el pueblo busca al Señor.  
Y Él quiere manifestarse en medio de su pueblo para que lo vea, lo encuentre y le siga; le hace ver su grandeza, quizás tan sólo por un instante; y el pueblo le debe responder.  
¿Cómo lo hará, si está tan confundido?

El pueblo reconoce la ofrenda como el signo más preclaro del Señor; no hay otro signo tan grande como éste.  
Si los hombres buscan cómo llegar al Señor, Él se ofrece para que lo vean y le respondan.  
La ofrenda es el signo preclaro del Señor presente y aún, de la plena entrega de los hombres; puede llevar a entregarnos al Señor y, de este modo, Él inicia su camino en medio de los hombres, al asumir la ofrenda como expresión de las vidas entregadas, ya aceptadas por Él.

El Señor preparaba a su pueblo, cuando iba preparando a mi vida, hasta que llegásemos a la hora de la ofrenda; ¿y de qué modo lo hizo?  
Pero es la ofrenda de un corazón que ya desea entregarse al Señor, y ante el pueblo que quiere entregar sus vidas; ¿hasta qué punto sus corazones están abiertos para el Señor?  
No obstante, Él inicia su ofrenda en medio de su pueblo que seguirá creciendo, entregándose al Señor.

En fin, nuestra vida debe lograr ofrecerse, como una ofrenda puesta en el altar.

El Señor prende su Fuego, para que sea tomada; así, llega a transformarse en lo que el Señor quiere.

Él prepara el día de la entrega, al vencer tantas vivencias.

Luego, podemos ver que la vida tiene su sentido, en medio de la entrega al Señor.

Creo que el pueblo lo ve; lo debe ver en esta Montaña.

Cuando prendió el Fuego, aún presentí como si prendiese en los corazones de aquellos que aceptaron al Señor.

¿Quién no esperaría vivir en este momento del pueblo?

Y yo podía contemplar su obra que jamás había visto.

El Señor me hizo ver el corazón del pueblo entregado, que ya estaba con su Señor; y si fue por un instante, igual, fue tan grande en la vida del pueblo.

Hoy, vuelvo al desierto sólo recordando; y mi paso es muy lento.



### 3. HACIA LA MONTAÑA DEL SEÑOR

#### a. NUEVAMENTE AL DESIERTO

Volví otra vez, a mis soledades en pleno desierto.  
Es que la vida va volviendo; y qué difícil es volver una vez más; la experiencia del desierto ha sido dura para mí, no la olvido; pero fue el camino en medio del proyecto del Señor.

Otra vez, vuelvo o debo huir, porque el Señor tiene su modo para que me vaya; una vez, cuando me echan, y otras veces, aún defiendiendo mi vida; pero el Señor tiene su proyecto.  
¿Por qué debo irme huyendo?

Cuando me fui la primera vez, cuántas cosas me esperaban; no me imaginaba las dificultades; tampoco tuve la noción de la gracia que me esperaba; de otro modo, no hubiese podido volver al pueblo, ni el pueblo hubiese respondido al Señor; y no fue fácil.

Presiento que debo volver al desierto; pero, ¿cómo lo haría si la realidad no me apurase?  
¿Por qué tengo tanto miedo?; y si estoy en las manos del Señor, Él me lleva por este camino.

En mi vida todo tiene su sentido, como va ocurriendo.  
Aún vivo mis miedos y penas, mi desesperación.  
Quisiera ser otro, pero no puedo; aún, sé que debo estar en el desierto, y sé que me cuesta mucho.

Si el Señor me iba preparando, cuando fui la primera vez; hoy lo hace y quizás, por algo aún más grande.  
Dejo en tus manos, Señor, mi vida; es que es mi camino.  
También, sigo temblando; de todos modos, dejo todo en tus manos.

¿Qué es lo que el Señor espera, qué futuro para mí?  
Todo parece oscuro; veo el desierto, el viento, el sol, casi no  
hay vida; aún veo un viento triste, no veo nada más.  
Apenas hago unos pasos, quemado por el sol y la tierra; y tan  
sólo veo el desierto.

¿Qué es lo que el Señor espera?  
Nunca supe ver bien, lo que Él esperaba de mí; pero tenía la  
seguridad de que Él estaba en mis pasos.  
A pesar de un camino oscuro, presiento que el Señor está en  
estos pasos.

Entonces, debo caminar más allá de mis miedos.  
Y ya no estoy huyendo, sino que tú, Señor, me llevas en el  
camino; es tan triste, es tan tuyo; no lo comprendo, Señor.

¿De dónde viene la seguridad, a pesar de estar muy dolorido  
y fracasado, de que estás en mis pasos?  
¿De dónde viene la certeza, mi Señor?  
Parece que nunca he estado tan seguro como ahora.  
Y no sé nada de mi futuro, todo está tan oculto.

## b. HACIA LA MONTAÑA

El camino y el cansancio, el viento y la sed.  
El tiempo se hace largo, las fuerzas no alcanzan.  
Apenas hago mis pasos; y los pasos cada vez más cortos,  
más lentos.  
Aún tengo ganas de luchar, y parece que mis fuerzas no están  
para dar más.  
¿Me quedaré aquí, en este lugar solitario?  
¿Sería el destino de mi vida delante del Señor?

¿Mientras las fuerzas no dan más, me queda quedarme aquí?

¿Es para morir en esta tierra, aún huyendo de aquellos que me persiguen?; ¿y sería el fin de una vida entregada por el Señor?; ¿por qué Él me hizo salir?

Tirado entre el polvo y el viento, apenas sé que sigo viviendo.

Mi vida está entregada, no tengo más fuerzas para luchar. Si he luchado toda mi vida por el Señor, me abandonan las fuerzas; no tengo más fuerzas para luchar, y me desespero.

Aún, levanto la voz hacia el Señor, desde el suelo.  
Ya ni siquiera puedo levantarme para pedirle.  
No pido por la misión, sino por mi vida; ahora, tan pequeña en el desierto tan grande.  
Levanto la voz, a ver si me escucha.  
¿Llegará mi grito desde este lugar solitario?

Y cuando mis fuerzas se entregan, alguien me golpea, viene con pan y agua; viene de mi Señor.  
"Levántate, me dice, el camino es largo".  
Una vez más encuentro su mano sobre mi vida, cuando no le esperaba; ¿por qué me hace estas cosas?  
¿Por qué me sorprende?

El Señor me da nuevas fuerzas; aún me hace caminar durante cuarenta días hacia la Montaña; allí, me esperará.  
¿Qué es lo que espera de mí?  
Porque mi vida siempre ha sido caminar al encuentro con Él; siempre por lo que el Señor proyectaba.  
¿Qué es lo que aún espera en esta hora?

Por el momento, sé que el Señor está conmigo.  
No me van a abandonar mis fuerzas; Él que me sostiene todo el tiempo; si llego a vacilar, es para recuperar la confianza en Él, que me cuida día y noche.

Pues, Él me lleva por este camino.

Llego a la Montaña; paso allí, la primera noche.  
Luego, viene la palabra del Señor: "¿qué haces aquí, Elías?"  
Como si Él no supiese; y me llevaba por el camino todos los días; ¿por qué esta pregunta?

Tan sólo quiero vivir por lo tuyo, Señor; no tengo otra cosa que valga para mí.  
Mi corazón arde por lo tuyo; por eso, estoy tan lejos.  
Como estoy contigo, mi Señor, no tengo lugar en medio de tu pueblo que se fue lejos de ti.

Han derribado tus altares, han matado a tus profetas; quedo yo solo, aún lejos de tu pueblo.  
Sigo con mis quejas ante mi Señor, como si Él no supiese ni se preocupase por las cosas que pasan.  
Mi pena, mi dolor y el celo por el Señor son tan grandes, y los llevo conmigo.

El Señor me pide salir de la cueva, y que permanezca en la Montaña esperándolo.  
Hasta ahora, escucho como si fuese de lejos, pero Él me pide salir, quizás, para que vea su rostro.  
Entonces, salgo asustado con el manto entre mis manos; aún tengo miedo del encuentro.

De repente, me sacude el viento que quiebra las rocas y yo, aún busco al Señor para que me sostenga.  
De repente, me toca el terremoto, rompiendo por dentro de mi corazón y yo, sigo buscando al Señor; ¿dónde estás?  
Me hiciste salir para encontrarte; ¿dónde estás, mi Señor?

Entonces, Él me hace sentir su Presencia como el murmullo de una suave brisa; es clara su Presencia, tan sorprendente y

yo, como si no pudiese recibirla.  
Cubro mi rostro y salgo, aún espero; ¿qué va a pasar?  
Él me pregunta una vez más: ¿qué haces aquí, Elías?  
Y le vuelvo a decir lo que le había dicho; pero parece que mi modo de hablar ahora, es diferente.

Si le digo lo que le había dicho, no es sólo repetir; es que el Señor ilumina mis respuestas, dándoles un nuevo sentido; una vivencia más, tras las palabras que le digo.  
Hay paz, hay un nuevo sentido; y es el sentido que viene del Señor, desde su Presencia en la Montaña.

El Señor me pide a que vuelva, no quiere que me aleje más de su pueblo perdido, que necesita de su palabra.  
Ahora sé, si debía irme, fue para recuperar las fuerzas, para encontrarlas en el Señor, en esta Montaña, con su Presencia y su Luz.

El tiempo es muy difícil para el pueblo del Señor.  
Será la hora de las desgracias, de las muertes; es la realidad que debo comprender mientras pasan las cosas.  
El Señor salvará una pequeña parte de su pueblo; y será por lo que Él espera; y si el pueblo no ha dado su respuesta, el Señor tiene su camino para salvarlo.  
Hoy, el pueblo está tan perdido.

Aún, me queda ungir a los reyes, que harán su parte en este tiempo de un pueblo triste y confundido.  
Vendrán las guerras, unos días tristes.  
El pueblo se quedará perdido, pero se salvarán algunos; una parte del pueblo, siempre fiel; y en ellos, el Señor sigue descansando con su mirada.

El Señor me hace ver ese camino doloroso; es lo que debe pasar el pueblo que no supo aceptar al Señor; como si todo

se volviese contra el pueblo, y el Señor los abandonase para siempre.

Las desgracias deben venir, el dolor será grande, pero hay una luz por la salvación del pueblo; y la verán los fieles del Señor; son muy pocos, y valen para la salvación del pueblo.

Debo bajar al pueblo para reclamar por las injusticias, aún anunciar el tiempo que viene.

El pueblo no se imagina las desgracias que están por llegar, y está lejos del Señor; debo llevarles su palabra; es difícil para el pueblo, y la deben escuchar en este tiempo.

Qué triste será hablar de este modo; sin embargo, el Señor me sostiene, como siempre.

El profeta Eliseo estará en la obra del Señor, cuando Él me lleve a los cielos; así está previsto, y sólo me queda cumplir con lo que Él espera, mientras camino por esta tierra.

El Señor adelanta lo que debo hacer en su Nombre, antes de que llegue el tiempo de mi partida.

Ahora debo volver al pueblo, para cumplir con lo que Él me ha dicho.

## 4. LAS MONTAÑAS DE JESÚS

### a. LAS BIENAVENTURANZAS

Jesús sube a la Montaña, y el pueblo está a sus pies. Presiente lo que diría, y Jesús, aún no ha pronunciado ni una palabra; ¿qué pasará entonces, cuando empiece a hablar de la Montaña del Señor?

Sus palabras tienen su tiempo, su altura. Pues, al subir a la Montaña, Jesús aún lleva el pueblo que el Padre había llamado, y pronuncia la Palabra del Espíritu; en ese clima, las palabras son para siempre; ya nadie las borra en esta tierra bendecida por el Señor, y en el tiempo de la salvación del mundo y de los hombres.

¿Quién escucha las palabras de Jesús desde la Montaña?  
¿Acaso están dichas por poca gente que es muchedumbre, en ese tiempo?; ellos serán testigos, pero la felicidad será como una ola; alcanzará a muchos en el mundo, sorprendiéndoles como el agua del diluvio, y viene del Señor. Si son las palabras para siempre, aún los que están lejos, las escucharán; las olas del tiempo serán fuertes, y las palabras tomarán su amplitud; el tiempo será testigo de lo que ocurre.

Hasta las palabras de Jesús dichas en silencio, son como las semillas sembradas casi de noche; vendrá el tiempo de luz, y las despertará; el Sol las atraerá a la vida; algún día, brotan y crecen, desde el mundo hacia el Señor. Serán grandes las palabras, será fuerte su vida; y pensar que las bienaventuranzas aún necesiten del tiempo para poder crecer, hasta que el mundo las asuma como una Vida que cubrirá a la tierra; ¿cuál será ese tiempo?

Cuando Jesús pronuncia la Palabra del Padre, ungida con el

Espíritu, es como una Gran Concepción en el mundo.  
El nuevo mundo viene de la Palabra pronunciada; y es la misma que recrea el mundo y la humanidad.  
¿Quién comprende eso, si apenas parece una pequeña voz?; pero ya está pronunciada desde la Montaña, y el Viento del Señor la lleva a todas partes, sembrando Vida en abundancia.

El pueblo ha escuchado la Palabra; luego baja, no pregunta nada ni busca explicaciones; necesita del silencio; pues, ¿qué puede preguntar y cómo responder, luego de pronunciarla? Jesús ha sembrado las primeras semillas en esta tierra; ahora ellas necesitan del silencio, del Agua y del Sol.  
El pueblo ha recibido la Vida, en su interior.

Las tierras que reciben, parecen oscuras y frías; sin embargo, es la hora del Sol que viene de arriba, acariciando la tierra; es la hora del Agua que le llega; en ese tiempo, el Señor obra de un modo misterioso.  
Entonces, no hay que hablar más; hay que vivir la grandeza del Señor; el pueblo baja en silencio, y Jesús se queda como el sembrador, después de cumplir con su tarea.

Cuánto pensamiento, con la mirada hacia un futuro lejano, en el corazón del sembrador que esta vez, esparció las palabras de Vida, aún por los tiempos del mundo.  
Entonces, cómo no contemplarlas, acompañándoles a crecer en los corazones de aquellos que las habían escuchado; cómo no acompañarles en el tiempo que es, que viene, que vendrá; en el pensamiento de Jesús se proyecta la Vida, pues está con toda su fuerza, en las palabras dichas casi en silencio.

El sembrador descansa luego de pronunciar la Palabra.  
El pueblo se retira con la Palabra en su corazón; entra en el mundo; sería el gran tiempo, mientras Jesús les acompaña de lejos, mirando; y Él se queda en la Montaña.

Para muchos, es de noche; los mensajeros aún no han llegado con la Palabra de la Montaña; no están lejos, y hay anuncios que están por llegar; hay que esperar.  
¿Cómo los recibirá el mundo?; los que vivencian la Palabra de la Montaña, llevan la gracia que viene de Jesús; es la que origina ese movimiento; entonces, la pronunciarán una vez más, en un nuevo tiempo del Señor.

## b. LA TRANSGURACIÓN

Él recorre los pueblos, llevando la Buena Noticia.  
Su Mensaje es muy claro; como llega a los corazones, inicia el camino del cambio que asombra a todos.  
Es tan distinto de lo que representa el Templo, y no puede ser de otra manera; por eso, llega a los hermanos perdidos.

No es que Jesús no ponga exigencias; no habla de un camino fácil, sin exigir nada de nadie; no es el Mensaje que permite todo lo que sugiriese la gente, sin embargo, le siguen.  
Si hay gente que no quiere seguirle, sabe por qué lo hace, aún comprende el porqué de sus cuestionamientos; a veces, creen que no es para ellos, o no es su tiempo.  
Es tan claro el Mensaje, que sólo los ciegos no lo ven.

¿De dónde viene la claridad?; es un mensaje lleno de paz y del Señor en cada instante de su Misión; y está pleno de la Vida en todas las circunstancias; si despierta la nueva visión, aún da luz para seguirle, para optar por ese camino; quien no lo elige, es porque no quiere hacerlo o no es su tiempo, para que vea la propuesta ofrecida por Jesús.

Su Mensaje es comprensible en el clima de paz y de amor, en el clima que presiente el corazón; y con su persona, Jesús inspira el camino; por eso, su Mensaje tiene tanta fuerza,

llega tan claramente.

Él habla y la gente lo comprende; Él exige y la gente intenta presentir sus exigencias; Él proyecta el futuro y a ese futuro se lo puede ver; entonces, aún es posible la respuesta, y tan sólo puede faltar que el hombre tome la decisión libremente.

¿De dónde vienen las críticas, el rechazo?; son más bien, de aquellos que no asumen el Mensaje; pues, si el Mensaje está pleno de vida, quien no desea seguirle, prefiere buscar las razones para cuestionarlo.

El rechazo viene de los que se quedan con lo preestablecido, lo que por ahora funciona; y aún no importa cómo funciona. Muchos de aquellos que escuchan a Jesús, lo entienden bien; no obstante, por lo propio de su vida, no arriesgan el cambio, pues los llevaría a la reconstrucción de la vida.

El Mensaje, de por sí, debe llevar a un enfrentamiento y aún, al sufrimiento que afecta a Jesús, a sus seguidores.

En el tiempo de la reconstrucción, aparecen aquellos que aún quieren salvarse, sin arriesgar el cambio; otros van postergan el cambio, lo llevan por un camino que quiere salvar lo suyo, que no tiene que ver con el Señor; si así actúan, confunden el camino de la transición; pero el cambio viene, y no importa si el hombre lo quiere o no, pues viene igual; si los hombres lo postergan, viene aún más doloroso, cuando se oponen al Señor.

El cambio que proyecta Jesús, lleva a la transformación de la realidad humana, principalmente, de aquella que se opone al Señor; está más allá de las instituciones, aún más allá de todo lo que puede abarcar el hombre.

Jesús, pleno del Espíritu, es como si quisiese filtrar la Vida del Padre, en el mundo, en el clima de paz y de amor; y lo que propone Él, parece indefenso y débil, sin embargo, tiene tanta fuerza en el tiempo del Señor.

Jesús, con tanta claridad, habla del sufrimiento, del rechazo, de la muerte; y no lo ven sus discípulos, quizás, al principio, impactados por aquella gente que viene a Jesús, y manifiesta su adhesión, su respuesta; pero no todos se quedan con Él, para siempre, y muchos de ellos se retiran.

Es cierto que los discípulos tienen su tiempo de crecimiento, ven lo que pueden ver; de este modo, Jesús le sigue abriendo los ojos, y cuando sea necesario, los acontecimientos les van a ayudar para que puedan ver mejor, asumiendo la claridad de Jesús.

No es fácil comprender el rechazo, mientras Jesús brinda paz y amor; no obstante, en esas circunstancias, se ve aún mejor el Mensaje y su alcance. Y no es que Él busque esa clase de reacciones; pero es cierto que, en medio de esas vivencias, su Mensaje llega hondo, a pesar de que tenga un tiempo distinto de lo que piensan los hombres.

Hoy en día, encontramos a aquellos que aún no creen que el mundo y los hombres pueden cambiar al sentirse amados; no presienten el modo de Jesús que promueve ese cambio, al amar a la persona incondicionalmente; es un modo que no pretende cambios fáciles ni rápidos, y aún menos, forzados o sólo exigidos; aparentemente, pasa por muchos fracasos; no obstante, siembra la vida que nace en el corazón, enfrenta la oscuridad de la tierra; y alguna vez, podemos asombrarnos con los primeros brotes.

Es cierto también, que los que proclamamos el amor y la paz de Jesús, no lo experimentamos plenamente; no sabemos dar vida al Mensaje de Jesús; entonces, ¿qué podemos esperar?; aún en eso estamos como ciegos, sin ver la realidad.

Los discípulos tienen la posibilidad de analizar, de crecer, al

recibir la Palabra de Jesús; su Mensaje es comprensible en el contexto del rechazo, en la medida en que las vidas vayan cambiando y, transformadas por Jesús, necesiten enfrentarse; en el enfrentamiento está la gracia para aprender optar por Jesús; es estar con Él o en contra de Él, no existe un término medio.

A esta lucha hay que vivirla en nuestro interior; y no hay otro modo para verla ni para comprenderla.

Llega la hora, cuando hay que aferrarse al Señor; tan sólo Él puede sostenernos; hay que buscar al Señor, mientras la vida nos presenta los enfrentamientos; aún, aferrarnos a Él, en las raíces de nuestro ser, porque la realidad es fuerte, nos sacude por dentro.

Jesús lleva a Pedro, Santiago y Juan, a la Montaña y ora con ellos; entonces, hallan luz frente a la realidad que les toca, y les hace sufrir; es la única respuesta de Jesús.

El Padre confirma que Jesús está en un buen camino; sólo les falta que le escuchen.

Y luego de la Vivencia en la Montaña de Transfiguración, los discípulos se calman por un tiempo; la Luz es fuerte, la Gracia penetra sus corazones; es tan fuerte esa Gracia que enfrenta el sufrimiento, da un nuevo sentido a lo que hay que pasar; sin embargo, van llegando otros días aún más oscuros. El sufrimiento vencido una vez, con la luz de los cielos, aún sigue influyendo, y va a dejar a los discípulos casi al límite de las posibilidades; pero están fortalecidos con la Gracia.

Al vivir en la tierra, solemos caminar al borde de lo posible, si es que nos aferramos al Señor.

Pero si no nos aferramos a Él, ¿qué pasa con la vida?

Hay tantos hermanos perdidos, que se dejan arrastrar por el dolor, por el sufrimiento, y no sabemos cómo ayudarles para

que se detengan en medio de los abismos; sin embargo, la gracia del Señor, aún en esas circunstancias, sabe detenernos a tiempo; y el hombre impactado con la luz, empieza a ver de un modo distinto; y no es que termine su dolor, porque el enfrentamiento y el sufrimiento aún seguirán en medio de su vida.

La vida encontrada en el Señor, enfrenta lo que está contra sus principios; por eso, vive los cambios; y esa vida aún enfrentada, está puesta frente al mundo y a los hermanos que necesitan del Señor; en una lucha tan real, a pesar que está envuelto en paz y en amor.

¿Qué camino tomará el enfrentamiento?

Si es que la obra del Señor es muy grande, nos llevará por el camino casi imprevisible; y si es un camino pleno de vida, nos lleva hasta entregar nuestras vidas; en el caso de Jesús, lo lleva hasta su muerte; en fin, es tan difícil comprenderlo, y tiene su propia lógica tan real.

Así, Jesús se va aproximando a la Montaña, donde entregará su vida por los hermanos y el mundo, en ese enfrentamiento que llega a las raíces de la existencia del hombre, a las raíces de su debilidad, del Señor presente en nuestras vidas; parece que no hubo otro camino, para que Jesús llegase al hombre y al mundo; pues en ese enfrentamiento está la salvación.

La Montaña de la Muerte está entre el Cielo y el Abismo. Jesús alcanza al Padre y aún, desciende a los abismos de un mundo perdido; quien no lo ve, es porque no quiere ver, en la hora de la entrega de su Vida; sin embargo, hay tantos que no quieren verlo, y son aquellos, por quienes Jesús entrega su Vida; son tan crueles, y aún festejan su Muerte de un modo perverso.

El Corazón abierto se queda de testigo para los tiempos; con

los siglos, será aún más que el testigo, porque los hombres lo necesitan.

El Corazón abierto hablará cada vez más, por sí mismo; de esta manera, los hombres pueden recapacitar.

Éste es el Proyecto del Padre.

### c. DESDE LA CRUZ

Tú, Señor, me haces ver a Jesús descendiendo en mi ser, a la profundidad de lo débil tan hallado en mi espíritu; me haces ver que, en ese encuentro, en los abismos de mi ser, inicia el renacimiento de mi vida.

En este camino estoy, mientras veo a Jesús crucificado.

Tantas veces, intenté abrir la puerta de mi corazón para que Jesús pudiese entrar; sin embargo, por las cosas de mi vida, que no las entiendo, la puerta queda apenas abierta, y guarda las vivencias que impiden a Jesús que pase y que entre, y se quede.

Hoy, como aún te veo con tu Corazón entregado, parece que reacciono; ahora, comienzo a abrirme frente a ti, como nunca he podido hacerlo.

Mi vida está más allá de lo que veo y comprendo; está ligada misteriosamente, a la realidad que me encierra; aún vivo en el mundo de muchas fuerzas, de muchas confusiones.

Es el mundo de mi corazón, impenetrable, que sólo tú, Jesús, puedes cruzar; y deseas que yo participe de tu obra.

Ibas descendiendo a donde mi corazón te dejaba descender; ibas preparando mi corazón para que te asumiese; presiento que estás en los abismos de mi ser.

Tantas veces, extraño la ausencia de tus discípulos, mientras tú mueres en la Cruz.

¿No es la hora, en la que vas descendiendo en sus vidas, en

medio de la oscuridad, la más profunda, la que toca lo más hondo de su existencia frágil?; ¿y lo haces en sus vidas, sin que ellos lo vean claramente?; quizás viven su pena, su dolor y sus culpas, y tú va descendiendo en sus vidas; pero luego, ¿lo verán, como deben ver?

Después, ¿lo verán de veras?; porque se aclara el tiempo de tu obra en sus vidas.

Una vez, les dijiste a tus discípulos que no había amor más grande que dar la vida por sus amigos; ahora están lejos de ti, les parece a ellos; pero estás muriendo por los amigos y aún, estás en los abismos de su oscuridad.

Qué difícil se nos hace comprender tu Presencia y tu Obra; y mientras la oscuridad es tan grande, estás en los abismos de nuestras vidas.

Deseo retomar con tu nueva luz, lo que dices de la Semilla, de tu Vida que entra en la oscuridad; hay tanta oscuridad en mí, luego de tanta obra tuya; y vas entrando en mi oscuridad, vas renovando mi vida.

Sólo tú puedes renovarla, si la penetras en lo profundo de mi ser, lo que, por tantas causas, está como separado de tu luz; y me doy cuenta de mi realidad oscura, porque tú estás; y aún presiento que vas entrando en mi oscuridad.

Vas entrando en mí; aún presiento como si mi vida estuviese hundiéndose en las vidas que viven su oscuridad.

Es muy grande; voy entrando en las vidas de mis hermanos, más bien, tú, Jesús, lo haces por medio de mi vida que es tuya; hago mis primeros pasos en medio de tu gracia.

Si es lo que tú deseas, es justamente eso; es que mi vida se vaya hundiendo en medio de la oscuridad de mis hermanos; con tu Presencia, con tu Luz, con tu Amor.

Es un camino abierto desde ti, hacia mis hermanos, que pasa

por mi vida; mientras me vas llevando, lo quisiese hacer por ti, mi Jesús.

Sin embargo, quieres que mi vida recupere su primera fuerza que viene de ti, Señor; a pesar de que siempre, el mundo y la oscuridad, la van a ir sacudiendo, la seguridad está en ti, mi Jesús, en tu Presencia.

Si has llegado a mí, vas venciendo la oscuridad de mi vida; si he experimentado las luchas en medio de mi oscuridad, estoy más tranquilo frente a tantas luchas de mis hermanos; pues, mi vida está en tus manos, Señor.

Al fin, Jesús, llevas a tus discípulos a la Montaña y de allí, les muestras el Campo donde deben obrar en tu Nombre, para llegar a los abismos del mundo y de los hombres; y les hablas de los poderes que han experimentado en sus vidas; ahora los deben llevar en tu Nombre, a todo el mundo.

|                               |    |
|-------------------------------|----|
| PREFACIO                      | 3  |
| 1. ELÍAS                      | 5  |
| a. tu Palabra tan dura        | 5  |
| b. Sarepta                    | 8  |
| 2. LA OFRENDA Y LA LLUVIA     | 13 |
| a. el enfrentamiento          | 13 |
| b. frente al Pueblo           | 15 |
| c. después de la lluvia       | 20 |
| 3. HACIA LA MONTAÑA DEL SEÑOR | 25 |
| a. nuevamente al desierto     | 25 |
| b. hacia la Montaña           | 26 |
| 4. LAS MONTAÑAS DE JESÚS      | 31 |
| a. las Bienaventuranzas       | 31 |
| b. la Transfiguración         | 33 |
| c. desde la Cruz              | 36 |

